

de ver las gentes como yo no soy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo Don Quixote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mi tambien, dixo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que describia su autor Aragones. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

## CAPÍTULO LX.

*De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.*

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel

dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la floxedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban: y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dexó de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, que se me da á mí

que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apénas hubo llegado, quando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dixo: ¿que es esto, quien me toca y desencinta? Yo soy, respondió Don Quixote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: vengote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes. Eso no, dixo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué, han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme quando en voluntad me

viniere. No hay dexarlo á tu cortesía, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes: y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dexaba rodear ni alentar. Don Quixote le decia: ¿como traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí que soy mi señor (1): vuesa merced

(1) Estas son casi las mismas palabras que dicen dixo Beltran Claquin, o Bertrand du Guesclin, quando riñendo en el campo de Montiel el Rey Don Pedro con su hermano Don Enrique, y teniéndole debaxo, Claquin ayudó á Don Enrique para ponerse encima de Don Pedro: y Sancho se las aplica á sí mismo, quando por medio de la zancadilla dio con su señor en el suelo boca arriba. Este Condestable frances juró en una ocasion de no comer *sino tres sopas en obsequio de la Santissima Trinidad hasta vengarse de un enemigo suyo*, dice en su *Vida* Mr. San Claudio Nenard, escrita el año de 1387, é impresa el de 1618: tal era la mezcla de las ideas caballerescas y piadosas que reynaba en aquellos tiempos.

me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dexaré libre y desembarazado; donde no, aquí morirás traidor enemigo de Doña Sancha (1). Prometióselo Don Quixote, y juró por vida de sus pensamientos (u) no

(1) Alega aquí Sancho los últimos versos del romance antiguo de Don Rodrigo de Lara, ó Rui Velazquez, con cuya hermana Doña Sancha casó Gonzalo Gustos, que fueron padres de los Siete Infantes de Lara. Por ciertas enemidades trató Rui Velazquez con el Rey Moro de Cordoba que matase á los Infantes sus sobrinos, como en efecto se verificó, y que prendiese á su cuñado Gonzalo Gustos. Este sin embargo logró la libertad; mas como de él y de una mora, hermana del Rey, hubiese nacido en Cordoba Mudarra Gonzalo, pasando este á Castilla fue adoptado por hijo por Doña Sancha, á quien quiso hacer vengada de la muerte de sus hijos y de sus hermanos. Sale un día á caza Don Rodrigo, encuéntrase en el monte con Mudarra, quiere pelear Don Rodrigo, pero viendose sin armas, pide espera hasta ir por ellas; niegácela Mudarra, y le mata, como lo expresan los versos con que acaba el romance, que dicen:

*Esperesme, Don Gonzalo,  
Iré á tomar las mis armas.  
El espera que tú diste  
A los Infantes de Lara:  
Aquí morirás, traydor,  
Enemigo de Doña Sancha.*

(Cancionero de Anvers: pag. 172, br.

tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol y sucedióle lo mesmo: dió voces llamando á Don Quixote que le favoreciese. Hízolo así Don Quixote, y preguntándole que le habia sucedido y de que tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díxole á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la Justicia quando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender, que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer



cer (1) alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribuláron mas de quarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodeáron, diciéndoles en lengua catalana, que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallóse Don Quixote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudiéron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas y la maleta traia: y avínole bien á Sancho que en una ventrera (2) (v) que tenia ceñida venian los

(1) En la primera edicion se decia *al parecer* por yerro de imprenta, pues lo que Sancho *tentaba y no veia*, porque era de noche, vieron despues Don Quixote y el mismo Sancho alzando los ojos, porque ya queria amanecer; y para verlo los alzaron realmente, y no los alzaron *al parecer*.

(2) Faja que se ciñe al vientre, de aquí se dixo *ventrera*: trae esta voz el Diccionario de la Lengua. En la primera

escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su Capitan, el qual mostró ser de hasta edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales (1), á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel exercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventiera (x). Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el

edicion y en las demas por yerro de imprenta se decia ventiera.

(1) Eran unos arcabuces pequeños de que usaban los foragidos, y se llamaban *pedreñales*, porque no se encendian con mecha, sino con pedernal (*Covarrubias*: V. Arcabuz.). Eran tan comunes en Cataluña, dice Don Francisco Gilabert (*Discursos sobre la calidad de su Principado*), que sus naturales se acostumbraban á su manejo desde niños, y contra su abuso se publicó una pragmática en tiempo de Roque Guinard, sobre la qual representó el referido Don Francisco.

suelo, y á Don Quixote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la mesma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió Don Quixote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mesmo: porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quixote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que seme-

jante humor reynase en corazon de hombre, y **holgóse** en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de léjos **dél** habia oido, y así le dixo: valeroso **caballero**, no os despecheis, ni tengais á **sinistra** fortuna esta en que os hallais, **que** podria ser, que en estos tropiezos **vuestra** torcida suerte se enderezase, que el **cielo** por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele **levantar** los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quixote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda **furia** un mancebo, al parecer de hasta veinte **años**, vestido de damasco verde, con **pasamanos** de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y **espada** doradas, una escopeta pequeña **en** las manos y dos pistolas á los lados. **Al** ruido volvió Roque la cabeza y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á él, dixo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha, y por **no** tenerte suspenso, porque sé que

no me has conocido, quiero decirte quien soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando, y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que Don Vicente Torrèllas se llama, ó á lo ménos se llamaba no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre, porque no hay muger, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en execucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el Lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á Don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas, ni á oír

disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dexo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte, para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte, defiendas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues véremos lo que mas te importare. Don Quixote que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dixo: no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casa-

mentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo quanto le habian quitado del rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser Don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á Don Vicente en los brazos de sus criados,